

# Rasputín era un hombre bueno

Gerardo de la Concha

*El profesor G sale distraído de la librería, no sabe en ese momento que su suerte está echada. El personaje de este relato decide su destino de la misma forma que Rasputín prefirió permanecer junto a la familia real en Moscú hasta el final.*



Rasputín, s/f

*Más allá  
La suave estrella de la mañana  
Refulge  
Con sus aros de plata  
Alrededor de los ojos de la vida  
La eternidad  
Es un instante, como un puente  
Entre lo existente y lo perdurable  
Un brillo  
En el fondo sombrío de la muerte*

Cuando el profesor G leyó lo que escribió Michel Tournier como dedicatoria en su libro *Le Roi des Aulnes* una gran emoción se encendió en su mente. La dedicatoria dice así: *À la mémoire diffamée du stárets Grigori Iefimovitch Raspoutine guérisseur du tzaveritch Alexis, assassiné pour s'être opposé au déclenchement de la guerre de 1914*. De pronto dejó de sentirse solo en el Universo pues otro hombre, ¡un escritor ni más ni menos!, coincidía con él manifestando su simpatía por ese proscrito de la Historia.

Agarró el libro de Tournier —que es una alegoría del santo Cristóbal, el patrono de los niños y los viajeros, en un escenario de la Segunda Guerra Mundial o de cómo un ogro roza la santidad al entregarse a la compasión— para irse rápido a su casa y poder ordenar sus pensamientos desatados.



Rasputín con un grupo de admiradores, 1915

Pagó el libro con impaciencia, decenas de personas atiborraban la librería comprando libros de moda o de auto-ayuda, sobre todo textos inspiradores de sentimientos positivos, es decir, superficiales, adecuados para ser regalos de Navidad. Él, por su parte, quería regodearse con su descubrimiento. Veía la foto de Tournier sonriendo como un fauno y más se convencía, al advertir en su gesto irónico la expresión de una sabiduría compartida, que las cosas en el mundo no son como parecen ser y que hay una corriente secreta, como un río subterráneo de la Historia, a la cual sólo unos pocos tienen acceso. Esa corriente transporta verdades sencillas que la mayoría de la gente no sabe conocer ni interpretar al conformarse con mistificaciones, con mentiras, con lugares comunes y por eso la sonrisa de Tournier, separado del resto de la manada, diciendo de esa manera: yo he bajado al río subterráneo y lo que ahí brilla es auténtico, como la luz de las estrellas en el infinito, lo que ahí se bebe es verdadero, como el agua de la vida.

Al salir de la librería una ráfaga de viento helado le azotó el rostro. El profesor G se acomodó el cuello de su abrigo, pero el frío le hizo tomar una mala decisión: parar un taxi en lugar de irse caminando a su casa que no estaba lejana; abordar al azar un taxi nocturno en la Ciudad de México es un asunto muy peligroso y sólo gente distraída tiene ese atrevimiento.

Ensimismado en sus pensamientos no observó que el chofer del taxi también sonreía —sin el encanto de Tournier por supuesto. Otros dos bandidos se subieron por sorpresa al auto unas cuadras más adelante.

Y como si fueran demonios encarnados se dedicaron a golpearlo, principalmente en la cabeza. En un momento, aturdido por el dolor y sangrante, el profesor G susurró: “Padre Rasputín, ayúdame”. Uno de los bandidos exclamó: “¡Qué dice este pinche viejo!” y como no comprendiera arreció de nuevo los golpes dados junto con su compañero. Ya tranquilizados, procedieron a despojarlo de sus bienes, detenidos en un callejón oscuro —no tener tarjeta bancaria le costó de todos modos una bofetada extra. Él mantenía los ojos cerrados y el mundo daba vueltas en su cabeza, chispas blancas brotaban en la oscuridad de su cerebro semejantes a cometas sin cauda. Todo instante es un océano en el que podemos sumergirnos. Ahí mismo lo bajaron, tambaleante percibió que arrojaron a sus pies el libro de Tournier. Lo volvió a tomar en sus manos, descalzo, con la camisa desgarrada, “me dejaron como al Santo Cristo” ironizó para sí mismo, a lo lejos veía luces de una avenida. Él, en medio de la calle, como un ebrio o un loco, quería gritar para que despertaran en las casas silenciosas; la mayoría eran comercios cerrados, así que no habría obtenido respuesta alguna.



La emperatriz, vestida de enfermera, con el zarevich Alexis

En la esquina alcanzó a ver una casa con adornos parpadeantes en la puerta y ahí dirigió sus pasos, dolido, tembloroso, calado hasta los huesos por el frío de la noche invernal. Tocó, se asomó por una reja, y nadie le respondió. De súbito quisieron invadirlo la ira y el miedo, aunque los rechazó agradeciendo a los poderes superiores haber salvado la vida. Decidió caminar hacia la avenida, apretando en su pecho el libro de Tournier. “Es mi amuleto —pensó— y el padre Rasputín intercedió con los ángeles para que me protegieran finalmente”. Varias calles anduvo, delirante ya, alucinado, diríamos, fruto de los golpes propinados por los bandidos. Abandonado en las calles inclementes el profesor G comenzó a padecer la fiebre de la víctima antes de que lo atacara la otra fiebre, la de enfermo, y mientras tanto no habría nadie a su lado que pudiera limpiar sus heridas y apoyarlo.

Despertó con los débiles rayos de sol del mediodía de diciembre. “De milagro no me congelé”, se dijo al

frotar sus manos para desentumirse. Unos aros de luz blanca persistían alrededor de sus ojos y eso era la prueba interior del asalto sufrido a manos de ese trío de demonios enviados desde el infierno para golpear su cabeza. El parque estaba desolado; quien lo hubiera visto recostado en un banco de seguro habría imaginado que era un indigente o un borracho durmiendo la “mona”.

“Hoy es Navidad”, recordó, y se sintió como un vagabundo perdido. Sin embargo, debía llegar a casa. El libro de Tournier con sus pastas blancas parecía hablarle de otra situación más importante que lo sucedido a su persona, una historia narrada por el arte de sus palabras, la historia de una redención; no obstante, reflexionó que todo comenzó esa noche con la dedicatoria. Cierzo, muy cierto, que el padre Gregorio Rasputín merecía ser rememorado de manera diferente a la imagen negativa prevaleciente, al estereotipo consagrado de su figura. El profesor G lo había pensado estudiando algunas de sus biografías que siempre terminaban por participar de la leyenda negra, a pesar de contar las cosas que reivindicaban a Rasputín.

Una vez, hojeando un libro de Henry Troyat se encontró con la siguiente anécdota: al morir Tolstoi, el pope Iliodor puso en una sala del monasterio un retrato del viejo escritor para que los peregrinos lo escupieran hasta que sus rasgos quedaran irreconocibles, como reo de herejía que era. Al enterarse de ello, Rasputín se entristeció y le escribió a su amigo, el pope Iliodoro, defendiendo a Tolstoi, a quien consideraba como un buen cristiano a pesar de su distanciamiento con la Iglesia ortodoxa. Esa tristeza de Rasputín viajó por el tiempo hasta conmover el corazón del profesor G. Luego las cosas empezaron a cuadrarse. Como un símbolo de todos los malos amigos, los malos hermanos, a quienes los posee una envidia maligna como herederos del legado de Caín, Iliodoro es uno de los creadores del mito negativo de Rasputín con su panfleto *Rasputín, el diablo sagrado* y ya que no pudo ser él directamente su asesino, por lo menos eligió matar su memoria.

Después el profesor G comenzó a acumular los hechos que demostraban la bondad profunda de Rasputín: su acercamiento milagroso al zarevich Alexis, ya que no podían ser coincidencia las curaciones logradas con sus rezos, con sus manos, como si fueran operaciones mágicas, quizá sí, se trataba de métodos ancestrales de los chamanes siberianos aplicados en nombre de Cris-

...destacaba su lucha contra la guerra,  
pues bien sabía que las guerras las padecen  
fundamentalmente la gente pobre...

to y esto era suficiente para confrontar la devoción religiosa con la miseria del mundo.

Y sus consejos, sus importantes consejos a los zares, como su intento de moderar e incluso eliminar el antisemitismo, su oposición a los *pogroms* efectuados por las centurias negras —cuyos miembros intentaron seducirlo y manipularlo, sin contar con su espíritu independiente— o cuando el juicio en Kiev a Mendel Beilis, el joven judío acusado del asesinato ritual de un niño cristiano, acusación absurda como intentara Rasputín demostrarle al Zar. Pero ante todo, destacaba su lucha contra la guerra, pues bien sabía que las guerras las padecen fundamentalmente la gente pobre, y esta idea lo lleva a la profecía de inspiración bíblica prediciendo al Zar que en ese mar de sangre la dinastía se habrían de hundir irremediamente si él aceptaba ir a la guerra y, no obstante, declarada la misma, cómo apoyaba a sus soldados, como lo hace con la gente común sufriente.

Por todo ello, una de las conclusiones del profesor G basado especialmente en un libro de Rene Fullop Miller, el menos prejuiciado de todos sus biógrafos —negativo al final de todos modos—, era que el odio de la aristocracia rusa lo lleva a la muerte, tanto por el hecho de ser un *mujik* elevado a las alturas con una influencia inusitada en el poder como por estar en contra de esa guerra que todos ellos querían como ciegos amando la oscuridad. Ese odio, junto con el de los revolucionarios ya desapaecidos, seguía contaminando su memoria, porque la condición libertina de Rasputín, por sus juergas de vino y sexo, no le parecía suficiente motivo al profesor G para que persistiera su leyenda negra, salvo que el prejuicio, el rumor y la calumnia triunfaban la mayor parte de las veces en la superficie de la Historia.

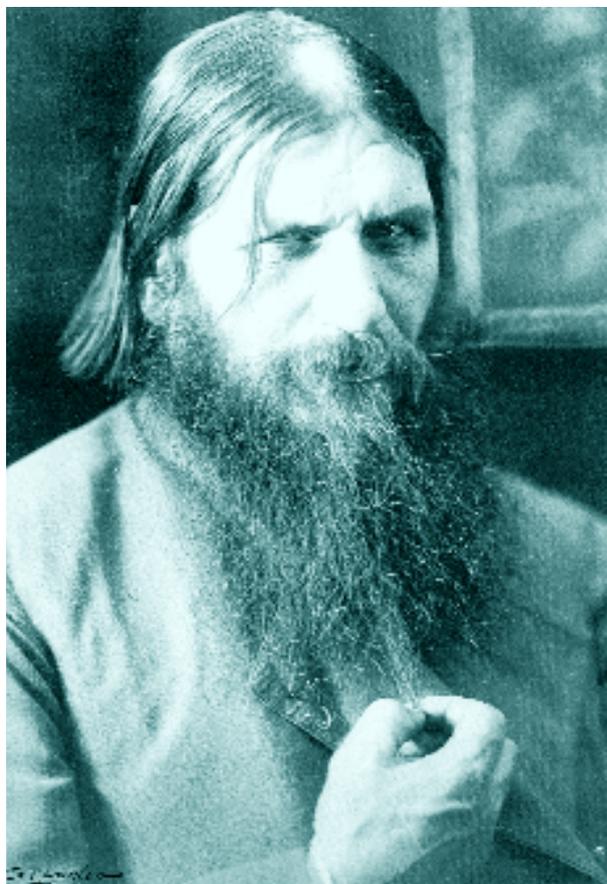
Y ese príncipe, Félix Yusupov, mató a Rasputín de forma cobarde —lo invitó a su propia casa, violando las leyes de la hospitalidad— y lo hizo con un hombre generoso —le daba el dinero que le llegaba a los menesterosos y a los afligidos—, en realidad un hombre de Dios a pesar de sus pecados, pecados de la carne y no contra el espíritu que sí son mortales. Y pecaba para ser perdonado y redimido, humilde, lejos del orgullo de Lucifer y de los fariseos.

Todo lo que vino después de la muerte de Rasputín y de la caída de los zares fue peor, pensaba el profesor G, esos bolcheviques asesinos de millones, diabólicos, como Kalinin, compinche de Stalin, de quien Essad Bey cuenta cómo bajo una campana de vidrio guardaba en su despacho la cabeza momificada del zar Nicolás II, el último ungido, llevada a Moscú por Gusseva, la amante de uno de los asesinos en Ekaterinburg, quien por eso perdiera ella el juicio vagando un tiempo por las calles nevadas con los cabellos revueltos y contando la tenebrosa historia antes de ser fusilada.

¿Estaría ahora en el cielo —se preguntaba— el *stárets* Rasputín y el zar Nicolás II? ¿Los padecimientos de los mártires sirven para ganarlo? Alguna vez se lo preguntaron a San Gregorio Magno y respondió que el martirio no significa nada por sí mismo; pero aquél que sabe por qué sufre da un testimonio de fe más fuerte y perdurable aun que la propia muerte. Y el zar Nicolás II presintió tener el destino de Job y decidió asumir al final la resignación heroica, y Rasputín pudo regresar a Siberia pero prefirió mantenerse cerca de la familia real en Moscú, a sabiendas de los riesgos que corría.

El profesor G se encaminó a una tienda abierta donde una dependiente lo miró asustada. “Mire señorita —dijo respetuosamente—, anoche me asaltaron, necesito comunicarme con alguien”. Hablaba con dificultad y la hinchazón de su cara lo estaba demoliendo. Su frente se encontraba perlada por el sudor de la fiebre, producida de manera fulminante por dormir a la intemperie. Le prestaron un teléfono, pero no recordó a quién hablarle más que a ella, una amiga que de vez en cuando le prestaba servicios sexuales. “Dios mío, qué terrible”, dijo ella al bajarse de su auto y verlo sentado en la entrada de la tienda. “Mira cómo te dejaron esos malditos; vamos al hospital”. “No, no —balbuceó él—, llévame a casa, necesito consultar unos libros”, agregó. Necia ella durante un rato, cedió al fin, más terco él.

Ya en casa le ayudó a desvestirse para que se acostara a descansar. El vivía solo, en un hogar pequeño lleno de libros y acompañado de un gato gris de ojos azules



Rasputín, 1916



Tolstói en su caballo, Demir, 1908

que lo seguía como un cachorro. Ella era rubia y esbelta, con voz ronca, dulce su persona. Un cliente raro el hombre, pero tranquilo y constante, con una conversación interesante y un pasado desconocido del que nunca hablaba. Sólo contaba historias sacadas de sus libros a los que era aficionado. A parte de eso, su carácter era taciturno, hundido casi siempre en meditaciones insondables.

“Dame un vaso de brandy”, le pidió él. Ningún ruego iba a hacer que fuera al hospital, así que ella se resignó. Los aros blancos seguían alrededor de sus ojos, perdidos como adornos navideños, bromeó él. “A través de ellos los ángeles me están llamando”, pensó sin decírselo a ella. “Mira —le dijo al atardecer—, vete con tu familia, es Navidad”. “¿Y tú?”, le preguntó ella tiernamente, limpiando su frente con un trapo húmedo. “Estaré bien, te lo aseguro, me curo como ellos, reposando...” y señaló a su gato, que lo miraba curioso desde una cómoda. Debía cumplir con sus compromisos y, a pesar de estar recuperada, se retiró prometiendo volver al día siguiente, por lo que él previsoramente le prestó su llave.

Las paredes y el silencio lo acompañaban en la habitación. Al estar ahí, se sentía reconfortado. Las sombras de los objetos se proyectaban gracias a la mortecina iluminación de los faroles que se filtraba a través de la ventana; el ambiente no era espectral, sino sereno, resguar-

dado del viento que arañaba los cristales. A veces la conciencia se acomoda a la circunstancia, del mismo modo que un gato o un niño duermen con inocencia y con gracia. Y se puede agradecer la fortuna de la existencia.

A media noche la fiebre se avivó como una llamada y las palpitations dolorosas del rostro tumefacto se sucedieron de manera incesante. Entre sueños se veía rodeado de libros y releía párrafos aleccionadores y su infancia dejaba de ser un misterio entretejido con la creencia ingenua de que los huérfanos encuentran la felicidad como a la misericordia de una Virgen y tenía una casa en una colina para contemplar los crepúsculos rojizos y adivinaba que en realidad amaba a la muchacha rubia y todo era un viaje muy simple, capítulos todos individuales y colectivos rumbo a la consumación de los tiempos cuando los espíritus resucitarán y se reconciliarán gozosos en la luz infinita.

Al día siguiente, ella regresó y lo vio con espanto, prostrado en la cama, empapado de sudor y respirando con dificultad. “Me muero”, dijo él al tomarle ella la mano. “Voy por un doctor, qué tonta fui al irme”. “Ven —le pidió él—, acércate más, quiero mirar tu rostro, qué bello es...”, y entonces, después de un breve rato, con un tenue dramatismo, levantó hacia ella la cabeza y pronunció lentamente en su oído lo que serían sus últimas palabras: “¿Sabes?, Rasputín era un hombre bueno...”. **U**